

Semana Nacional del Kerigma

Del 9 al 15 de marzo del 2015

La Fe nace de la predicación

Romanos 10:17



Autor: Sección de Nueva Evangelización y Kerigma – CENACAT
Coordinación editorial: Departamento de Producciones y Comunicación – CENACAT
Diseño y diagramación: Lorena Barrantes A.
Portada: Basada en el afiche elaborado por Carlos Cortez
Impresión:



Centro Nacional
de Catequesis

www.cenacat.org

CONTENIDOS

PRESENTACIÓN	5
ORIENTACIONES PARA LA LECTIO DIVINA	9
Guía para la celebración	12
¿Cuál es el itinerario que sigue?	12
Invocación al Espíritu Santo	13
SUBSIDIO 1	20
Invocaciones al Espíritu Santo	20
VEN ESPÍRITU SANTO	20
ESPÍRITU SANTO, ALMA DE MI ALMA	21
ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO	22
CANTOS	22
SUBSIDIO 2	23
La fe nace de la predicación (Rom 10,17)	23
Introducción	23
1. Contexto del capítulo 10 de la Carta a los Romanos	24
2. Esquema del texto de Romanos 10	25
SUBSIDIO 3	37
Esquema	37



Presentación

En continuidad con lo realizado en años anteriores la Sección de Nueva Evangelización y Kerigma del Centro Nacional de Catequesis (CENACAT), ha querido proponer para este año 2015 como lema de la Semana Nacional de Kerigma el texto de Romanos 10, 17: *La fe nace de la predicación.*

Este texto nos ayuda a comprender la centralidad que tiene el anuncio en el proceso evangelizador, pues como bien recordaba el papa Francisco: *no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor, y sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización* (EG 110). Por ello, *todo cristiano no sólo debe creer en su corazón, sino también confesar con sus labios... El creer supone testimoniar ante los demás. No es suficiente que Dios sepa de qué parte estamos, sino hace falta que también lo sepan los demás* (Pbro. Mario Montes).

El anuncio, además, requiere de permanente renovación y de evangelizadores fervorosos y alegres: *un anuncio renovado ofrece a los creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora. En realidad, su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado. Él hace a sus fieles siempre nuevos; aunque sean ancianos, “les renovará el vigor, subirán con alas como de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse”* (Is 40,31) (EG 11).

6

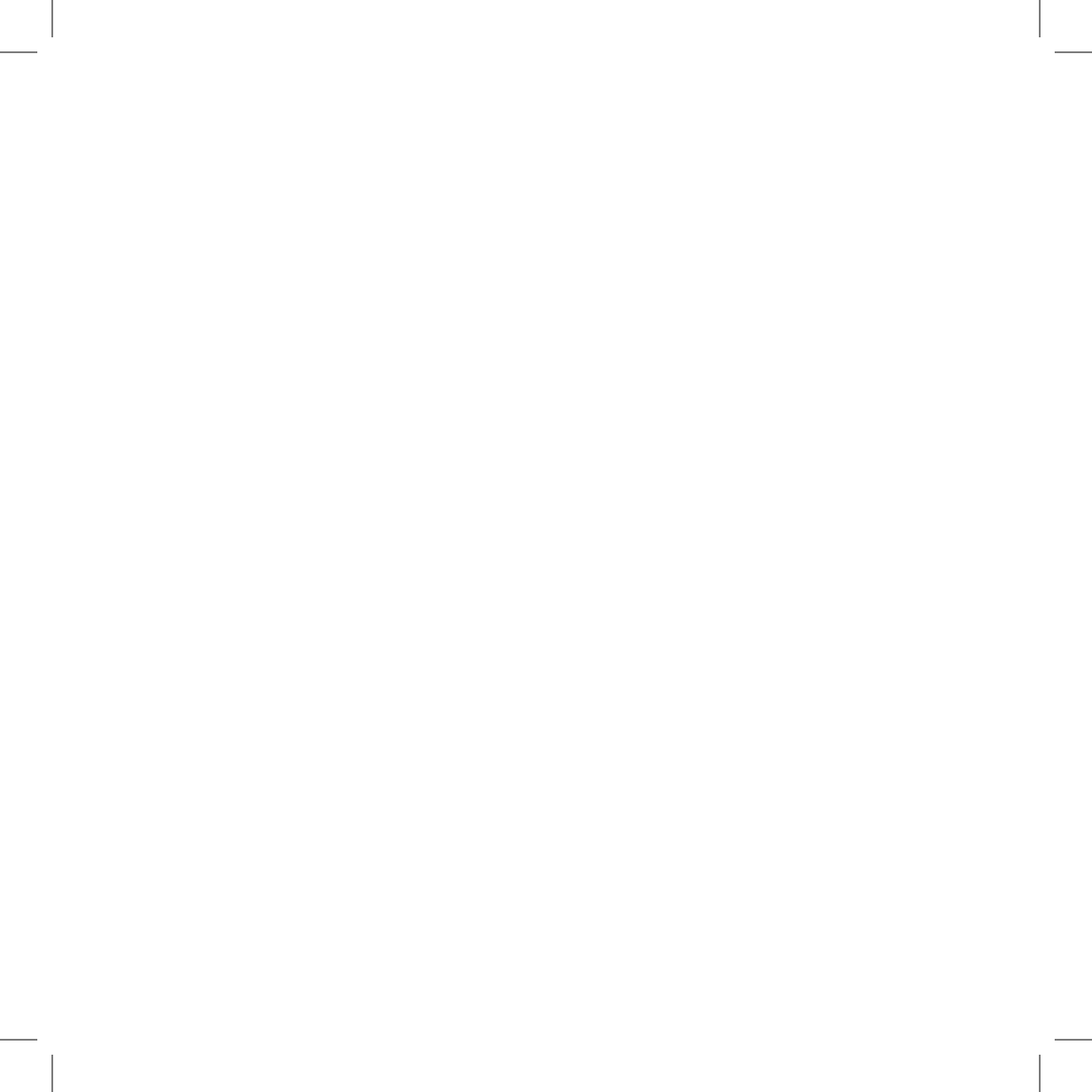
Como parte de las actividades que proponemos están:

1. La *Lectio divina* del texto de Romanos 10, en pequeños grupos.
2. Un actividad kerigmática donde se realice el anuncio con fervor, alegría y solemnidad, que puede ser:
 - a. Un retiro
 - b. Aprovechar los viacrucis parroquiales para en cada estación anunciar
 - c. Misión parroquial

En este folleto se encuentra la guía para la *Lectio Divina*. Las orientaciones para la misión parroquial se publicarán en otro subsidio y siempre bajo el lema: “Levántate y camina”. Con relación al retiro, los miembros del Equipo Nacional de Nueva Evangelización y Kerigma cuentan con un esquema que les puede orientar, además el mismo esquema se encuentra en la página web del centro: www.cenacat.org. Esperamos que estos subsidios les sean de ayuda.



Pbro. Jafet Peytrequín Ugalde
Coordinador
Sección de Nueva Evangelización y Kerigma
Centro Nacional de Catequesis



ORIENTACIONES PARA LA

Lectio divina

Texto bíblico

Carta a los Romanos, Capítulo 10

1: Hermanos, lo que deseo de corazón, lo que pido a Dios por ellos es que se salven. 2: Doy testimonio a su favor de que sienten fervor por Dios, aunque mal entendido. 3: Porque no reconociendo la justicia de Dios y queriendo afirmar la propia, no se sometieron a la justicia de Dios. 4: Ya que el fin de la ley es Cristo, para la justificación de todos los que creen.

5: Refiriéndose a la justicia de la ley, Moisés escribe: El que la cumpla vivirá por ella. 6: En cambio, la justicia que nace de la fe habla así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? - es decir, con la idea de hacer bajar a Cristo-, 7: o: ¿Quién bajará al abismo? - es decir, con la idea de hacer subir a Cristo de entre los muertos -.

8: Pero, ¿qué es lo que dice la justicia? La palabra está cerca de ti, en tu boca y tú corazón. Se refiere a la palabra de la fe que proclamamos: 9: si confiesas con la boca que Jesús es Señor, si crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás. 10: Con el corazón creemos para ser justos, con la boca confesamos para obtener la salvación. 11: Así lo afirma la Escritura: Quien cree en él no quedará confundido.

12: Ya no hay diferencia entre judíos y griegos; porque es el mismo el Señor de todos, generoso con todos los que lo invocan. 13: Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.

14: Pero, ¿cómo lo invocarán si no han creído en él? ¿Cómo creerán si no han oído hablar de él? ¿Cómo oirán si nadie les anuncia? 15: ¿Cómo anunciarán si no los envían? Como está escrito: ¡Qué hermosos son los pasos de los mensajeros de buenas noticias! 16: Sólo que no todos responden a la Buena Noticia. Isaías dice: Señor, ¿quién creyó nuestro anuncio?

17: *La fe nace de la predicación, y lo que se proclama es el mensaje de Cristo.* 18: Pero pregunto: ¿Acaso no oyeron? Desde luego que sí: Por toda la tierra se extiende su voz, y sus palabras llegan hasta los confines del mundo.

19: Insisto: ¿y no lo entendió Israel? Ya lo dijo Moisés: Les daré celos con un pueblo ilusorio, los provocaré con una nación insensata. 20: E Isaías se atreve a decir: Me encontraron los que no me buscaban, me presenté a los que no preguntaban por mí. 21: De Israel, en cambio dice: Todo el día tenía las manos extendidas hacia un pueblo rebelde y desafiante.

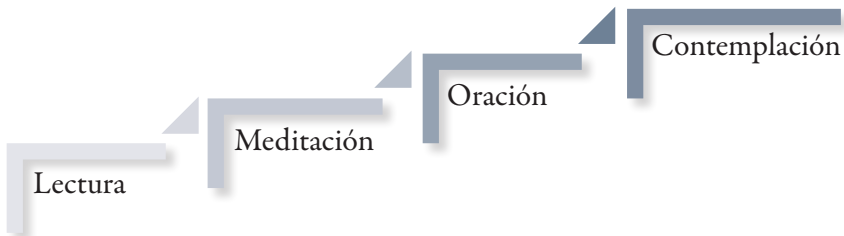
Guía para la celebración

Lectio Divina es una expresión latina que significa “lectura divina” o “lectura de Dios”. Es una forma de entrar en diálogo con Dios, que nos habla a través de su Palabra.

¿Cuál es el itinerario que sigue?

Un monje Cartujo de nombre Guigo, que vivió en el s. XII, se imaginaba el itinerario de la *Lectio Divina* como una escalera de cuatro escalones:

12



Se trata de un proceso dinámico de lectura, en el que una etapa nace de la anterior. Es algo gradual, así como el paso de la noche al día, no sabemos en qué momento dejó de ser la noche para comenzar el día.

Invocación al Espíritu Santo

Puesto que “nadie puede interpretar por sí mismo una profecía de la Escritura” (véase 2 Pe 1, 20), debemos solicitar el auxilio del Espíritu Santo. Para ello, podemos recurrir a algunas de las oraciones o cantos que se proponen en el Subsidio 1 de este folleto.

Primer escalón

Lectura:

- Conocer
- Respetar
- Situar

Es el punto de partida y debe hacerse con atención y respeto. Consiste en leer y releer el texto, identificando los personajes y la acción que realizan, preguntándose por el contexto y los destinatarios, para averiguar qué es lo que el autor quiso decir a sus primeros destinatarios. Este estudio tiene tres niveles:

- **Literario:** Aproximarse al texto y analizar su estructura a través de preguntas muy simples: ¿se trata de un relato, un poema, un código legal? ¿qué recursos literarios utiliza el autor? ¿cuál es el contexto en el que se sitúa el texto?

- **Histórico:** Se trata de analizar la situación histórica que hay en el origen del texto, para percibir mejor la encarnación de la Palabra.
- **Teológico:** Se pretende descubrir lo que Dios quería decirle al pueblo en aquella situación histórica. Respondemos a las siguientes preguntas: ¿qué experiencia de fe transmite? ¿qué nos dice acerca de Dios, de la historia, del mundo, de las personas?

Para realizar esta parte ofrecemos una reflexión del Pbro. Mario Montes que se encuentra al final de este folleto (Subsidio 2).

14

Segundo escalón

Meditación:

- Dialogar
- Actualizar

Decía San Jerónimo que por la lectura *llegamos a la cáscara de la letra, intentando atravesarla; sólo con la meditación podemos llegar al fruto del Espíritu*. La meditación nos ayuda a descubrir el sentido que el Espíritu quiere comunicar hoy a su Iglesia, a través de los diversos pasajes de la Biblia. La pregunta que aquí nos hacemos es: ¿cuál es el mensaje que este pasaje tiene para mí, para nosotros?

Es el momento de escudriñar la Palabra, hasta descubrir el mensaje que encierra para nosotros hoy. Esta continua repetición interior es comparada a la acción de rumiar, y por eso los monjes la llamaban también *rumiatio*. A través de ella, la Palabra pasa de la boca al corazón hasta impregnar sus capas más profundas. Supone un esfuerzo de reflexión que pone en acción nuestra inteligencia. La meditación trata de establecer un diálogo entre lo que Dios nos dice en su Palabra, y lo que sucede en nuestra vida. Se medita reflexionando, preguntando por ejemplo:

- ¿Qué diferencias y qué semejanzas encontramos entre la situación del pasaje que estamos leyendo y la nuestra?
- ¿Qué cambio de comportamiento me sugiere?
- ¿Qué quiere hacer crecer en mí, en nosotros?

De este modo el mensaje del texto cobra actualidad y se convierte en un mensaje para mí, para nosotros. La meditación es una actividad personal, pero también es comunitaria. La búsqueda en común fortalece en todos el sentimiento de una fe comunitaria.

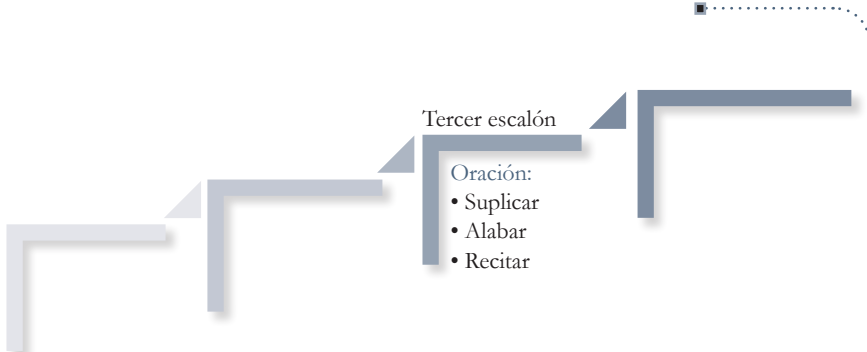
Leamos nuevamente el texto; identifiquemos aquellas frases que nos resulten más significativas; subrayemos estas frases. Ahora pensemos: ¿qué me está diciendo Dios a través de estas palabras? ¿a qué me llaman estas palabras?

Si la *Lectio* se realiza en grupo o comunidad es posible abrir un espacio para compartir con los otros alguna de estas frases que hemos subrayado. Eso sí, que quede claro que no se trata de exhortar a los otros, ni hacer un discurso, sino de compartir con los demás lo que Dios me dice a mí a través de estas palabras y lo que yo considero que me está pidiendo por medio de ellas.

Luego, de manera general, cada uno comentará el lema de la semana: *La fe nace de la predicación* y hará referencia al afiche propuesto. Para este momento se sugiere recoger la esencia de cada comentario en un esquema, valiéndose del Subsidio 3 de este folleto.

Hemos dicho que la meditación actualiza el sentido del texto hasta dejar claro lo que Dios nos pide. Pero, ¿en qué momento pasar de la meditación a la oración? Cuando está claro lo que Dios nos pide, también aparece con nitidez nuestra incapacidad y falta de recursos. Es el momento de la súplica: *Señor, levántate, socórrenos* (Sal 44,27). En otras palabras, la meditación es semilla de oración. Practicándola, se llega a la oración.

Para este momento, y si es posible, se puede exponer el Santísimo Sacramento. De no ser así, conviene preparar un altar donde colocar la Biblia y encender unas velas.



Tercer escalón

Oración:

- Suplicar
- Alabar
- Recitar

La oración, provocada por la meditación, comienza con una actitud de admiración silenciosa y de admiración al Señor, *porque nosotros no sabemos rezar como conviene* (Rom 8,26). Con ella se inicia la segunda parte del diálogo. La pregunta aquí es: ¿qué me inspira decirle a Dios el pasaje que he meditado? Hasta ahora hemos intentado escuchar a Dios que nos habla en su Palabra, pero esta escucha nos mueve a dirigirnos a Aquél cuya palabra hemos escuchado. Es una respuesta profundamente nuestra, que expresa en la súplica, la alabanza, la acción de gracias, la queja.

La oración provocada por la meditación también puede consistir en recitar oraciones que ya existen: algún Salmo, alguna frase de la Biblia que resuma mi reflexión...

Sugerimos para la oración:

- Salmo 19 (18)
- Canto “Tu palabra me da vida” o “Alma misionera” (o similares)

¿En qué momento debemos pasar de la oración a la contemplación? Como ocurría en los pasos anteriores, no hay respuesta fija. La contemplación es lo que queda en los ojos y en el corazón una vez terminada la oración. Es el punto de llegada de la *Lectio* para un nuevo comienzo.

18

Cuarto escalón

Contemplación:

- Ver
- Saborear
- Actuar

Es la culminación de todo el camino. La contemplación que resulta de la *Lectio Divina*, es la actitud de quien se sumerge en el interior de los acontecimientos, para descubrir y saborear en ellos la presencia activa y creadora de la Palabra de Dios, y además intenta comprometerse con

el proceso transformador de la historia, que esta Palabra provoca. No supone en modo alguno una evasión de la realidad, sino una penetración en lo más profundo de la historia y del designio salvador de Dios, que lleva al compromiso y a la acción, para hacer presente en el mundo dicho designio salvador.

Digámosle al Señor cómo vamos a contribuir a mejorar la historia a partir de su Palabra.

Si el Santísimo está expuesto, procedemos a la bendición. De no ser así, nos unimos en oración con el Padrenuestro.



SUBSIDIO 1

Invocaciones al Espíritu Santo

VEN ESPÍRITU SANTO

*Ven, Espíritu Santo,
Llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.
Envía, Señor, tu Espíritu.
Que renueve la faz de la Tierra.*

*Oración:
Oh Dios,
que llenaste los corazones de tus
fieles con la luz del Espíritu Santo;
concédenos que,
guiados por el mismo Espíritu,
sintamos con rectitud y
gocemos siempre de tu consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.*



ESPÍRITU SANTO, ALMA DE MI ALMA

Pbro. José Kentenich

Espíritu Santo, eres el alma de mi alma, te adoro humildemente. Ilumíname, fortifícame, guíame, consuélame. Y en cuanto corresponde al plan eterno Padre Dios, revélame tus deseos. Dame a conocer lo que el Amor eterno desea en mí. Dame a conocer lo que debo realizar. Dame a conocer lo que debo sufrir. Dame a conocer lo que con silenciosa modestia y en oración, debo aceptar, cargar y soportar. Sí, Espíritu Santo, dame a conocer tu voluntad y la voluntad del Padre. Pues toda mi vida no quiero ser otra cosa que, un continuado perpetuo Sí a los deseos y al querer del eterno Padre Dios.



ORACIÓN AL ESPIRITU SANTO

Cardenal Verdier

Oh Espíritu Santo, Amor del Padre, y del Hijo, Inspírame siempre lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, cómo debo actuar, lo que debo hacer, para gloria de Dios, bien de las almas y mi propia Santificación. Espíritu Santo, Dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facultad para aprender, sutileza para interpretar, gracia y eficacia para hablar. Dame acierto al empezar dirección al progresar y perfección al acabar. Amén

22

CANTOS

Secuencia del Espíritu Santo - Himnos de la liturgia de las horas - Hermana Glenda: <https://www.youtube.com/watch?v=Wd99Dv7KOuk>

Ven Espíritu de Dios - Kairoi original: <https://www.youtube.com/watch?v=5aQ0FleF9-4>

Secuencia Espíritu Santo: <https://www.youtube.com/watch?v=dfSTbCTPcp4>

SUBSIDIO 2

La fe nace de la predicación (Rom 10,17)

Comentario del texto bíblico por Pbro. Mario Montes Moraga.

Introducción

La Carta a los Romanos es una de las cartas más importantes de San Pablo. La envió a la comunidad cristiana de Roma, por allí de los años 57-58 d. C. De esta comunidad, aunque no la conocía al momento de escribir esta carta, el apóstol estaba bien enterado de sus problemas, así también de la firmeza de su fe (véase Rom 15,23). En el capítulo 10, San Pablo aborda el tema del rechazo del pueblo judío al Evangelio de Jesucristo. En dos palabras podemos resumir el mensaje del capítulo 10 de esta carta: orgullo e incredulidad, o también, acogida y fe.

Por eso, acoger a Cristo y su mensaje de salvación, es una cuestión de fe. Para ello se necesitan evangelizadores que anuncien el Evangelio. San

Pablo enseña que hace falta profetas y mensajeros, pese a que se corra el riesgo del rechazo de estos enviados, como ha sucedido en la historia de Israel (véase Mt 23,37; Lc 13,34-37). Jesús también fue rechazado y su mensaje puesto en entredicho por una parte del pueblo judío.

Pese a ello, el mensaje de Cristo sigue resonando en todo el mundo. Porque la fe nace de la predicación y lo que se proclama es el mensaje de Cristo (Rom 10,17). Esta es la tarea de la Iglesia de todos los tiempos y la razón de su trabajo evangelizador en todas sus dimensiones y posibilidades.

1. Contexto del capítulo 10 de la Carta a los Romanos

El capítulo 10 de la Carta a los Romanos, lo ubicamos en conjunto con los capítulos 9 al 11, donde el apóstol aborda el destino o suerte de su pueblo Israel, en la historia de la salvación. En ellos, San Pablo aborda este tema con temblor, tristeza y dolor, pero, a la vez, con esperanza. Su preocupación es la siguiente: ¿qué será del pueblo de Israel, que en cuanto nación, ha rechazado abiertamente a Jesucristo, el Salvador del mundo? Pablo, sintiéndose judío por los cuatro costados (véase Fil 3,5), dedica estos tres capítulos de su carta a reflexionar sobre este problema.

Reconoce que Dios es soberanamente libre a la hora de conceder sus dones (Rom 9). Afirma que el ser humano, en este caso el pueblo judío que no quiere aceptar el Evangelio, debe cargar con su propia responsabilidad (Rom 10). Pero, por encima de todo, Dios es un Dios fiel que no se arrepiente de los dones y del llamamiento que un día hizo a Israel. De allí que, en consecuencia, también Israel se salvará y, aunque en la penumbra no se sepa cómo ni cuándo, reconocerá a Jesucristo como el Mesías esperado y la sabiduría insondable de Dios lo alcanzará (Rom 11). En todos estos planteamientos, el apóstol Pablo utiliza con gran soltura y libertad, muchos textos del Antiguo Testamento, a la usanza de los maestros judíos de su tiempo.

2. Esquema del texto de Romanos 10

Dividimos el texto en los siguientes apartados:

- La responsabilidad de Israel y su culpa (Rom 9,30-33)
- Los judíos y su propia justicia (Rom 10,1-4)
- Cristo, salvación de todos (Rom 10,5-13)
- El anuncio del mensaje de Cristo y la actitud de Israel (Rom 10,14-21)

a. La responsabilidad de Israel y su culpa (Rom 9,30-33)

Partimos del texto Rom 9,30-33 para enlazarlo con el siguiente de Rom 10, pues en el capítulo 9, el apóstol afirma que el pueblo de Dios no ha perdido su elección, las promesas, la adopción filial y demás dones (Rom 9,1-5). Esas promesas se siguen manteniendo, aunque las apariencias digan lo contrario, que no vienen por la genealogía de Israel (desde su antepasado Abrahán y de los patriarcas) sino de su elección divina (Rom 9,6-18); teniendo en cuenta que todo viene como gracia y bondad de Dios y que le toca a Israel responderle al Señor (en el fondo subyace el esquema de la alianza bíblica, véase Rom 9,19-27). Todo un proyecto de salvación divina, que se manifiesta en las Escrituras del Primer Testamento (véase Rom 9,25 con Os 2,25; 2,1; Rom 9,27 con Is 10,22-23; Rom 9,29; Is 1,9).

Siguiendo con el texto de Rom 9,30-33, san Pablo concluye que tanto el fracaso de los judíos, como el éxito de los paganos, fue rechazar o aceptar la fe en Cristo. Nos presenta un contraste entre dos actitudes, contrarias para con Dios. La actitud de los judíos, que pretendían alcanzar la debida relación con el Señor, mediante el propio esfuerzo al cumplir la Ley. Ante esto, Pablo en su experiencia personal, como en la vivencia del pueblo, se

había dado cuenta que era un rotundo fracaso. Y la actitud de los paganos o gentiles, que sencillamente se encontraron con la persona y la novedad de Jesús sin más, como oferta de salvación y se entregaron a él.

Por una parte, todo judío trataba de hacer que Dios quedara en deuda con él, pretendiendo cumplir la ley. En cambio, el pagano estaba contento de estar en deuda con Dios. El judío creía que podía ganarse la salvación haciendo cosas para Dios y acumulando méritos; en cambio, el pagano se quedaba admirado por lo que Dios había hecho por él. La distinta actitud, entre incredulidad o fe, ante una misma persona, se convirtió para unos en piedra de tropiezo y para otros, en roca sobre la cual construyeron su salvación, como lo anunciaba el profeta Isaías (véase Rom 9,33; Is 8,14; 28,16).

Los primeros cristianos entendieron el mensaje y su significado: Dios se había propuesto que su Hijo Jesucristo fuera el fundamento de la vida de todos los seres humanos, pero al venir a este mundo, los judíos le rechazaron y al rechazar este don de Dios como oferta de salvación, se convirtió en la causa por la cual quedaron excluidos (véase Hech 4,12).

b. Los judíos y su propia justicia (Rom 10,1-4)

San Pablo, manteniendo su cariño hacia los suyos, ruega a Dios para que su pueblo alcance la salvación, viendo que Israel lo busca ardientemente, pero a ciegas. No reconocen la fuerza de Dios, que es el Evangelio, *para que se salve todo el que cree, los judíos en primer lugar y los que no* lo son (véase Rom 1,16-17, es el tema central de esta carta). Se contentan con su propia justicia. Se olvidaron que la ley, con sus instituciones y prescripciones, está ordenada hacia Jesucristo y que debe conducir a creer en Él, que es su fin o plenitud (v.4; véase Rom 3,31).

Recordemos que al hablar de justicia en esta carta, se trata de la justificación o salvación, no de la justicia distributiva, equitativa o vindicativa, que todos conocemos en el lenguaje jurídico o legal, sino de justicia que salva, acompañada de otros términos como “redención”, “reconciliación” y “santificación”.

c. Cristo, salvación de todos (Rom 10,5-13)

Siguiendo con el tema, San Pablo coloca de frente las dos justicias: la que viene de la ley (v.5), y la que proviene de la fe (v.6-10), concluyendo que ésta es la única aceptable, ya sea para los judíos como para los gentiles o paganos (v.11-13). Para hablar

de la primera, el apóstol Pablo se vale de un pasaje del libro del Levítico (véase Lev 18,5), texto que cita con bastante libertad (comparar los textos: Lev 18,5, y Rom 10,5). Esa vida de la que habla el Levítico, no es simplemente la vida temporal ni la eterna o futura, que en este libro no se conocía, sino la vida de amistad o alianza con el Señor, que podría equipararse a la justicia de la que el apóstol trata en este pasaje de Rom 10,5.

San Pablo enseña que, en la historia de la salvación de Israel, muchos han tratado de labrarse su propia justicia, tratando de cumplir cada uno de sus preceptos (véase Rom 2,13; Gál 3,10; 5,3), cosa que no siempre lograron conseguir (véase Hch 15,10), máxime sin la ayuda de la gracia de Dios, que no se daba por mediación de la ley, sino en virtud de la fe (véase Rom 4,2-25). Que la ley en cuanto tal, es decir, contrapuesta a la fe y aislada de la gracia, más bien los hacía caer en pecado (véase Rom 3,20; 5,20; 7,7-24), ofreciendo, por lo tanto, un tipo de justicia a la que era prácticamente imposible alcanzar.

De allí que Pablo enseña que la justicia que proviene de la fe es fácil de alcanzar (v.6-10), valiéndose, para ello, de algunos pasajes que se refieren a la ley en Dt 30,11-14. Además, presenta a la justicia personificada, es decir, hablando como una persona (véase Rom

10,6; Dt 30,12), acomodando el texto del Deuteronomio a su enseñanza. Su argumentación vendría a ser la siguiente: Moisés ha dicho de la ley que, para conocerla, no es necesario subir al cielo ni atravesar los mares... Con mayor razón debe decirse esto del Evangelio, pues no es necesario subir al cielo para hacer bajar a Cristo, puesto que ya bajó del cielo en el momento de su encarnación, ni descender al abismo para hacerlo subir, puesto que ya resucitó de entre los muertos, habiendo bajado primero al lugar de los muertos.

Basta con escuchar la enseñanza o buena nueva predicada por los apóstoles, creyendo con el corazón y confesando con la boca que Jesús es el Señor y que ha resucitado. San Pablo enseña, pues, que no es el simple esfuerzo humano el que trajo al mundo a Cristo o lo resucitó, como tampoco es el propio esfuerzo el que nos reconcilia con Dios. Dios lo ha hecho por nosotros, no tenemos más que aceptarlo y recibirlo.

Ahora bien, los versículos 9 y 10 son de gran importancia en este texto, pues contienen la base del primer Credo cristiano. Su enseñanza es la siguiente:

- Hay que confesar que Jesucristo es el Señor. La palabra “Señor” (en griego “Kyrios”), era el título que ostentaban, tanto el

emperador romano como los dioses griegos y romanos. Se colocaba antes del nombre. En el Nuevo Testamento es el equivalente del nombre santísimo de Dios: Yahvé (que se traducía “Señor”). Al decir que Cristo es el Señor, es como decir que es Dios. Por eso, los primeros cristianos preferían morir como mártires, con tal de no confesar que el César o emperador romano era Kyrios, porque sólo aplicaban ese título a Jesucristo. Llamar Kyrios o Señor a Jesús era reconocer y confesar su divinidad. Lo primero para ser cristiano es el sentimiento de que Jesucristo es único como Señor y que no hay otro (véase Hech 2,21-36; 11,20-24).

- Hay que creer que Jesucristo ha resucitado. La resurrección de Jesucristo era una parte esencial del Credo cristiano, el acontecimiento central de la fe. El cristiano cree, no solamente que Cristo vivió y murió, sino también que vive para siempre. No sólo debe saber de Cristo, sino conocerle personalmente. **Pero todo cristiano no sólo debe creer en su corazón, sino también confesar con sus labios... El creer supone testimoniar ante los demás. No es suficiente que Dios sepa de qué parte estamos, sino hace falta que también lo sepan los demás.**

- Como objeto esencial de la confesión de fe, en el señorío de Cristo para conseguir la salvación, ya sea para los judíos o para los paganos, en los versículos 11 al 13, el apóstol Pablo utiliza varios textos de la Escritura, uno del profeta Isaías (Is 28,16, citado también, como vimos, en Rom 9,33), y otro del profeta Joel (Jl 2,32; véase Hech 2,21). Aunque estos textos se refieren directamente a Dios, los apóstoles, incluido Pablo, no tuvieron inconveniente en descubrir en ellos un sentido pleno, que solamente adquirieron mediante Jesucristo.

d. El anuncio del mensaje de Cristo y la actitud de Israel (Rom 10,14-21)

Termina San Pablo su análisis sobre la responsabilidad de Israel, señalando, con una serie de interrogaciones debidamente enlazadas y con abundantes textos del Antiguo Testamento, cómo Dios ha ofrecido a los judíos todo lo necesario para que pudieran conocer el Evangelio y cómo, si no han creído, es por su propia culpa.

El punto de partida es la invocación de Cristo como Señor (como vimos en el v.13). El argumento de Pablo es claro: para invocar a Cristo es necesario creer en Él, y para creer en Él, es necesario

haber escuchado su predicación o, al menos, la de sus mensajeros. Ahora bien, para ser mensajero auténtico y no engañoso (véase 2 Cor 11,13; Tit 1,11), es necesario haber recibido el legítimo mandato (v.14-15). Estas son las condiciones necesarias para que, de ordinario, se llegue a la fe. Hasta aquí, san Pablo se desenvuelve en el marco teórico, pero en los siguientes versículos (18-21) va a concretar, aplicando a Israel las anteriores condiciones.

Aún cuando sus planteamientos no son del todo muy claros, el apóstol se detiene a considerar la hermosa obra de los mensajeros del Evangelio, que son los que hacen llegar hasta nosotros la palabra de Cristo y ponen las bases de nuestra fe. A ellos les aplica un texto del profeta Isaías (Is 52,7). En este texto profético, se trata de la restauración de Jerusalén, a la que se le anuncia la llegada del Señor a Sión, pero que en el texto que nos ocupa, las palabras del profeta pueden aplicarse a los mensajeros del Evangelio, ya que, en la mente de los profetas, a la restauración temporal de Israel, va unida la restauración mesiánica (véase Hech 15,16).

Estos evangelizadores han cumplido su oficio, pero desgraciadamente, no todos han aceptado la buena nueva (v.16). San Pablo,

aunque está hablando de forma general, está pensando evidentemente en los judíos y a ellos aplica su enseñanza, aplicándoles el pasaje de Is 53,1. Texto que le da pie, como parece insinuar su expresión “por consiguiente”, para volver a insistir en la importancia de la predicación en orden a la fe, predicación que, en el caso presente, tiene su origen o punto de partida en la palabra misma o en el mensaje revelado por Cristo (v.17).

A continuación (v.18-21), San Pablo desciende a lo concreto, al terreno de los judíos. Lo primero que pregunta es si ellos han oído la predicación del Evangelio (v.18). La respuesta no puede ser sino afirmativa y, por eso, para hacer resaltar más la universal resonancia de la predicación evangélica, imposible por demás de ignorar por parte de los judíos, saca una frase a colación, tomada del Salmo 19,5 en la cual, el salmista se refiere a los cielos y al firmamento que pregonan la gloria de Dios en toda la tierra.

Aquí vemos cómo san Pablo “acomoda” adrede la cita, aplicando a los mensajeros del Evangelio respecto de Cristo, un papel parecido al de los cielos con respecto a la gloria de Dios. En cierto modo Pablo exagera un poco, pues, en aquellos tiempos de su predicación, el Evangelio de Jesús y su mensaje no se había extendido aún por todo el mundo, “hasta los confines del orbe”.

Es una frase ya hecha, que San Pablo se la encontró así y decidió no cambiarla o modificarla.

Finalmente, quedaba una posible excusa que podría aducirse en favor de los judíos y era la de que, aunque hubieran oído la predicación evangélica, no la hubieran “conocido”, es decir, no la hubieran entendido tal como era, como medio único de salvación. En este caso habría error, pero no culpa. Por eso, San Pablo trata de responder también a este punto (v.19-21). No lo hace de forma directa, sino con textos de la Escritura (véase Rom 10,19 con Dt 32,21; Rom 10,20-21 con Is 65,1-2). Aunque no se ve la relación exacta entre los textos citados y el punto discutido, la idea general que san Pablo pretende resaltar es clara: Si un pueblo, los paganos, mucho menos preparado religiosamente que el judío, ha entendido la predicación del Evangelio y ha abrazado la fe, Israel ha debido entenderla también (v.19-20). Si no ha sido así, esto debe atribuirse a su espíritu de incredulidad y rebeldía, no a que el mensaje evangélico fuera difícil u oscuro (v.21). La conclusión es, pues, que se trata de ignorancia (véase Rom 10,2-3), pero una ignorancia en que tiene gran parte la propia responsabilidad del pueblo judío, su obstinación y mala voluntad, que no exime a este pueblo de culpa (véase Hech 3,17; Lc 23,34). De allí que, según Pablo, no tienen excusa alguna.

Insiste en que, a lo largo de toda su historia, Dios ha estado apelando a Israel con sus brazos extendidos, pero Israel siempre ha sido desobediente y obstinado.

Para terminar, hay algo más que queda por decir sobre este pasaje. En el argumento paulino se presenta una paradoja. En toda esta sección, el apóstol Pablo ha estado insistiendo en la responsabilidad personal de los judíos. Tenían que haber sabido lo que hacían, no les faltaron oportunidades, pero rechazaron la llamada de Dios. Él empezaba su argumento diciendo que todo es cosa de Dios, y que los seres humanos no somos más que como la arcilla, en manos del alfarero (véase Rom 9,19-24). El apóstol ha puesto las cosas de dos maneras: todo es cosa de Dios y todo es responsabilidad humana. Sabemos que Dios está en todo y sin embargo, al mismo tiempo, sabemos que tenemos libertad para aceptar o rechazar lo que Dios nos ofrece.



SUBSIDIO 3

Esquema

Para recoger la esencia de cada comentario respecto al lema, elabore el esquema sobre una cartulina grande o papel periódico. El número de flechas es tentativo, según la cantidad de los integrantes del grupo.



